

Nayib Armando Bukele Ortez

Presidente de la República de El Salvador

79° Período de Sesiones de la Asamblea General de la ONU

Cuando vine por primera vez a la Asamblea General de las Naciones Unidas en 2019, sé que muchos no conocían o no habían oído hablar de El Salvador. Y si lo conocían, solo tenían malas referencias: o el país más violento del mundo o el país de las maras. Otros, ni sabían dónde quedaba.

Pero, gracias a Dios eso ha cambiado significativamente en muy poco tiempo.

Cinco años después de aquel primer discurso, vengo acá como Presidente de un país que ahora sí tiene voz en el mundo.

PARTE 1

En mis discursos anteriores ante esta Asamblea General, les hablé sobre la búsqueda de nuestra verdadera independencia. Por décadas, estuvimos encadenados por las consecuencias de una guerra civil importada y luego, por una falsa paz, que dejó más muertos que la propia guerra.

También les hablé de la importancia de recordar que la primera responsabilidad de un gobierno es con su propio pueblo; así

como de la trascendencia de tomar nuestro destino en nuestras propias manos.

Fuimos ingenuos en pensar que otros países nos salvarían, o que otras naciones nos regalarían nuestra libertad por simple bondad. Tuvimos que entenderlo, para luego tener la valentía de romper nuestras cadenas nosotros mismos y reclamar nuestro derecho legítimo a ser libres.

En los últimos cinco años, El Salvador renació. Devolvimos las calles de nuestro país a nuestra gente y establecimos una floreciente industria turística, siendo sede de eventos internacionales de surf, deporte y entretenimiento. Le dimos a miles de salvadoreños que huyeron de las guerras y de la pobreza, un país al cual regresar. Hicimos de nuestra nación, que fue una vez la capital mundial de los homicidios, el lugar más seguro del hemisferio occidental.

Fue el desafío más grande que nuestra nación ha superado, y aunque todavía nos queda un largo camino por recorrer y muchas cosas por lograr, estamos al alcance de la verdadera independencia y en el camino hacia la libertad plena.

La transformación de El Salvador no tiene comparación y nuestro éxito es innegable, cualquiera puede visitar El Salvador y comprobarlo.

Los salvadoreños, independientemente de por quienes hayan votado antes; del pueblo o la ciudad donde hayan nacido; de lo poco o mucho que hayan tenido; de si están dentro o fuera de

nuestras fronteras; se han unido para trabajar y apoyar cada una de las decisiones que permitan a El Salvador ser un país donde la gente viva tranquila y feliz. Donde las aspiraciones espirituales, más allá de las materiales, trasciendan a todos.

PARTE 2

Hoy, el mundo mira el ejemplo de El Salvador y se pregunta: ¿Cómo puede una nación levantarse tan rápido?. Pero tal vez esa no sea la pregunta que deberían hacer. Tal vez deberían estar haciendo otra pregunta: ¿Cómo es que el mundo está cayendo tan rápido?

Dicen que El Salvador nada contra la corriente, porque se volvió más seguro mientras el mundo se volvía más peligroso y el pueblo salvadoreño se volvió más optimista, mientras la mayoría de la gente en el mundo moderno se volvía cada vez más pesimista. Y sí, tienen razón.

El mundo se ha vuelto dividido, deprimido, preocupado, hostil y sin esperanza. Y lo ha hecho a una velocidad sin precedentes. Hoy, el mundo libre ya no es libre. Esto no es una exageración; trágicamente, vemos pruebas innegables de esta decadencia cada día. Las amenazas de nuevas guerras continúan.

Cuando el mundo libre se volvió libre fue gracias a sus principios de libertad de expresión, igualdad ante la ley, unidad y respeto por la propiedad privada. Pero, una vez una nación abandona los principios que la hacen libre, es solo cuestión de tiempo para que pierda su libertad por completo.

Las consecuencias se están desarrollando ante nuestros propios ojos. En algunas ciudades del llamado primer mundo, las tiendas necesitan asegurar sus productos detrás de puertas de vidrio con llaves, para evitar robos. Y no hablo de productos caros, sino de cosas sencillas como una barra de chocolate o una rasuradora. En otras ciudades, las calles ya no pertenecen a la gente, sino que han caído en manos de la indigencia, las pandillas, el crimen organizado y las drogas.

No puedes reclamar el título del mundo libre si tu gente ni siquiera es libre para caminar por las calles sin temor a ser acosada, robada o asesinada.

También estamos siendo testigos, en tiempo real, de la erosión de la libertad de expresión. Hace apenas una década, Occidente era el bastión de la libertad de expresión. Ahora es sermoneado por aquellos mismos a quienes solía denunciar. Las plataformas más grandes de redes sociales fueron obligadas a censurar a sus usuarios a petición de los gobiernos. Ciudadanos de países occidentales han sido arrestados por compartir publicaciones en redes sociales. Los partidos gobernantes han intentado prohibir a su oposición política. Estas no son acusaciones ni teorías de conspiración; son hechos comprobables y documentados.

No se puede ganar el respeto del pueblo si no se respeta al pueblo.

Esto no comenzó hace poco. Pero lo notamos más porque se ha acelerado en los últimos años, y esta aceleración significa que nos acercamos a un tenebroso punto de inflexión. Estamos ante una nueva era oscura de la humanidad.

Como salvadoreños, reconocemos los síntomas de la decadencia cuando los vemos, porque hemos pasado por todos ellos; vivimos las etapas de la caída de nuestra nación, una por una. Y estamos viendo una semejanza de esas etapas una vez más, pero esta vez a una escala global.

PARTE 3

No podemos, ni deseamos, decirles a otros países qué hacer. Cada país debe tomar sus propias decisiones y hacer lo que sea mejor para su gente. Solo podemos ofrecer una palabra de advertencia de un amigo que ha pasado por una época oscura y ha librado la batalla de su vida para salir de ella.

No podemos cambiar el curso del mundo. El Salvador es solo un país pequeño, el más pequeño de todo el continente. Esto es más grande que nosotros; de hecho, es más grande que cualquier nación.

No podemos prevenir los tiempos oscuros que se avecinan. Pero lo que sí podemos hacer es convertirnos en un **refugio** ante la tormenta que se aproxima y mantener la esperanza.

En El Salvador, no encarcelamos a nuestra oposición. No censuramos opiniones. No confiscamos los bienes de quienes

piensan diferente. No arrestamos a las personas por expresar sus ideas. En El Salvador, tu libertad de expresión, así como tu propiedad privada, siempre estarán protegidas.

En El Salvador, priorizamos la seguridad de nuestros ciudadanos inocentes sobre la comodidad de los criminales. Algunos dicen que hemos encarcelado a miles, pero la realidad es que hemos liberado a millones. Ahora son los buenos los que viven libres, y sin miedo, con sus libertades y derechos humanos siendo respetados.

Queremos que nuestra gente prospere. Por eso fomentamos la innovación y alentamos las nuevas ideas. Entendemos que se necesita un espacio libre y seguro, para que nuevos conceptos florezcan. Las visiones deben investigarse, probarse y experimentarse. No deben ser sofocadas por regulaciones anticuadas o el miedo al cambio.

En El Salvador, encontrarás un espacio para perseguir tus ambiciones, ya sea en el campo de la tecnología, las finanzas, la medicina, la energía, las artes, la cultura, la música o la arquitectura.

CIERRE

Hace unos años, El Salvador solía ser uno de los lugares más oscuros del planeta. Pero en poco tiempo nuestra nación renació. Porque nos recordamos a nosotros mismos que la libertad se toma, no se da ni se regala, y como todo lo que vale la pena tener, necesita cuidado y mantenimiento.

Hoy, El Salvador es un lugar seguro para el progreso y la innovación, pero también para la familia y para la búsqueda de propósito.

En el nuevo El Salvador, todos tienen cabida. Ofrecemos este espacio seguro a nuestra gente y a quienes deseen compartir y contribuir a nuestra visión. No será fácil. De hecho, el paso siguiente es aún más difícil. Hemos liberado nuestro país, pero debemos mantener esa libertad, y debemos hacerlo en un mundo que es cada vez menos libre.

El Salvador ha dejado atrás su pasado, al que juramos nunca más volver. Tal vez sea demasiado tarde para evitar los tiempos oscuros que enfrenta nuestro mundo hoy, pero no es demasiado tarde para construir un arca y capear la tormenta.

Que Dios bendiga a la humanidad.

Muchas gracias.